



INSERTOS PARA
BOLETINES

19 de octubre de 2025 – Pentecostés 19 (C)

El Credo Niceno: Semana 6

Para conmemorar el 1700 aniversario del Concilio de Nicea, el Rvdmo. Matthew Gunter, obispo de Wisconsin, ha escrito una serie de reflexiones sobre el Credo Niceno y su importancia para los episcopales contemporáneos. En las próximas semanas, compartiremos sus enseñanzas, redactadas principalmente en formato de preguntas y respuestas.

Pero ¿no es poético el lenguaje del Credo, abundante en metáforas?

Teológica y filosóficamente, el concepto de «metáfora» es complejo, pero lo usaremos por ahora. Nunca debemos olvidar que ni siquiera nuestro mejor lenguaje puede comprender plenamente a Dios, quien siempre está más allá de nuestra comprensión. De hecho, sería difícil encontrar un teólogo de la Iglesia primitiva que no dijera lo mismo. No eran tan ingenuos como suelen suponer los modernos. Una y otra vez, los primeros teólogos nos recuerdan que todo nuestro lenguaje para referirse a Dios es balbuceo. Todas las imágenes deben tomarse con moderación. Gregorio Niazanceno, uno de los defensores más importantes del Credo, afirmó: «Es difícil concebir a Dios, pero definirlo con palabras es una imposibilidad» (*Cuarto discurso teológico*).

Y, sin embargo, esos mismos teólogos también afirman que debemos hablar de Dios porque Dios nos ha interpelado con una Palabra en la historia, especialmente en Jesucristo. Así, si bien debemos hablar con cautela y humildad ante el misterio que es Dios, podemos atrevernos a decir algo sobre Dios porque Dios nos ha dicho algo en Jesús, el Verbo hecho carne. «Lo imposible se ha convertido en posibilidad por la inagotable excelencia de la gracia de Dios», así lo expresó Orígenes en su tratado *Sobre la oración*.

Dado que trata sobre Dios, parte del Credo es, sin duda, metafórica. Ciertamente, referirse a Dios como «Padre», si bien refleja el lenguaje de Jesús y significa algo verdadero sobre Dios, no significa que Dios sea masculino. Gregorio de Nisa, otro teólogo fundamental que defendió el Credo Niceno, lo deja claro en su comentario sobre *El cantar de los cantares*. De igual manera, afirmar que Jesucristo está «sentado a la diestra de Dios Padre» metafóricamente significa algo sobre la relación entre Jesús y Dios Padre, pero no es una relación espacial. No hay una silla física literal en la que Jesús se siente.

Publicado por la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, 815 Second Avenue, Nueva York, N.Y. 10017 © 2025 La Sociedad Misionera Doméstica y Extranjera de la Iglesia Protestante Episcopal en Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.



INSERTOS PARA
BOLETINES

19 de octubre de 2025 – Pentecostés 19 (C)

El Credo Niceno: Semana 6

Para conmemorar el 1700 aniversario del Concilio de Nicea, el Rvdmo. Matthew Gunter, obispo de Wisconsin, ha escrito una serie de reflexiones sobre el Credo Niceno y su importancia para los episcopales contemporáneos. En las próximas semanas, compartiremos sus enseñanzas, redactadas principalmente en formato de preguntas y respuestas.

Pero ¿no es poético el lenguaje del Credo, abundante en metáforas?

Teológica y filosóficamente, el concepto de «metáfora» es complejo, pero lo usaremos por ahora. Nunca debemos olvidar que ni siquiera nuestro mejor lenguaje puede comprender plenamente a Dios, quien siempre está más allá de nuestra comprensión. De hecho, sería difícil encontrar un teólogo de la Iglesia primitiva que no dijera lo mismo. No eran tan ingenuos como suelen suponer los modernos. Una y otra vez, los primeros teólogos nos recuerdan que todo nuestro lenguaje para referirse a Dios es balbuceo. Todas las imágenes deben tomarse con moderación. Gregorio Niazanceno, uno de los defensores más importantes del Credo, afirmó: «Es difícil concebir a Dios, pero definirlo con palabras es una imposibilidad» (*Cuarto discurso teológico*).

Y, sin embargo, esos mismos teólogos también afirman que debemos hablar de Dios porque Dios nos ha interpelado con una Palabra en la historia, especialmente en Jesucristo. Así, si bien debemos hablar con cautela y humildad ante el misterio que es Dios, podemos atrevernos a decir algo sobre Dios porque Dios nos ha dicho algo en Jesús, el Verbo hecho carne. «Lo imposible se ha convertido en posibilidad por la inagotable excelencia de la gracia de Dios», así lo expresó Orígenes en su tratado *Sobre la oración*.

Dado que trata sobre Dios, parte del Credo es, sin duda, metafórica. Ciertamente, referirse a Dios como «Padre», si bien refleja el lenguaje de Jesús y significa algo verdadero sobre Dios, no significa que Dios sea masculino. Gregorio de Nisa, otro teólogo fundamental que defendió el Credo Niceno, lo deja claro en su comentario sobre *El cantar de los cantares*. De igual manera, afirmar que Jesucristo está «sentado a la diestra de Dios Padre» metafóricamente significa algo sobre la relación entre Jesús y Dios Padre, pero no es una relación espacial. No hay una silla física literal en la que Jesús se siente.

Publicado por la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, 815 Second Avenue, Nueva York, N.Y. 10017 © 2025 La Sociedad Misionera Doméstica y Extranjera de la Iglesia Protestante Episcopal en Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Pero, debido a que el Credo trata sobre el Dios revelado en la vida, muerte y resurrección de Jesús, mucho de él no es metafórico, sino histórico, por ejemplo, se encarnó de la Virgen María y se hizo hombre, por nuestra causa fue crucificado bajo Poncio Pilato, sufrió la muerte y fue sepultado, al tercer día resucitó, etc. Ese siempre ha sido el escándalo del cristianismo para los filósofos y gnósticos (antiguos y contemporáneos) que quieren mantener a Dios a salvo del lado de lo metafórico más allá del desorden de la realidad material en el espacio y el tiempo (¿protegiendo a Dios? ¿a sí mismos?). Pero los cristianos confiesan un nacimiento virginal histórico de una María histórica de una encarnación histórica de Dios que murió una muerte histórica bajo un Poncio Pilato histórico, pero que vive de nuevo a través de una resurrección histórica, dejando atrás una tumba vacía histórica, todo «por nosotros y por nuestra salvación».

El Credo es en parte poesía, en parte prosa. De hecho, se podría decir que en la encarnación, Dios (oculto en última instancia en el Misterio y la Metáfora) se ha vuelto prosaico para convertirlo todo en poesía. Intentar mantenerlos estrictamente separados o convertirlos en uno u otro siempre nos mete en problemas.

Decir que nuestro lenguaje sobre la esencia de Dios es metafórico es una obviedad teológica. Concluir, por consiguiente, que todas las metáforas acerca de Dios son sólo creaciones humanas o que todas las metáforas son más o menos iguales es una suposición y una falsedad teológicas. Decir que todo el lenguaje sobre la actuación de Dios en la historia, por ejemplo, la concepción virginal, la encarnación y la resurrección corporal como eventos históricos y físicos, es metafórico y solo cierto en algún sentido espiritual, es intentar ser más espiritual que el Dios que conocemos por Jesús que ha elegido ser. Este fue el error fundamental de los arrianos. Arrio consideraba inconcebible y ofensivo imaginar al Uno más allá de todas las cosas tomando forma humana y una realidad material. El Dios que conocemos por Jesús y el Credo es un Dios dispuesto a ensuciarse las manos en el mundo material para abordar y transformar el desastre literal, trágico e histórico que hemos creado de nosotros mismos, de los demás y del mundo. Y todo para que seamos «participantes de la naturaleza divina» (2 Pedro 1:4). Como dirían algunos obispos que asistieron al Concilio de Nicea, el Hijo de Dios «se hizo lo que nosotros somos para que nosotros pudiéramos llegar a ser lo que él es» (por ejemplo, Atanasio, *Sobre la Encarnación*).

Pero, debido a que el Credo trata sobre el Dios revelado en la vida, muerte y resurrección de Jesús, mucho de él no es metafórico, sino histórico, por ejemplo, se encarnó de la Virgen María y se hizo hombre, por nuestra causa fue crucificado bajo Poncio Pilato, sufrió la muerte y fue sepultado, al tercer día resucitó, etc. Ese siempre ha sido el escándalo del cristianismo para los filósofos y gnósticos (antiguos y contemporáneos) que quieren mantener a Dios a salvo del lado de lo metafórico más allá del desorden de la realidad material en el espacio y el tiempo (¿protegiendo a Dios? ¿a sí mismos?). Pero los cristianos confiesan un nacimiento virginal histórico de una María histórica de una encarnación histórica de Dios que murió una muerte histórica bajo un Poncio Pilato histórico, pero que vive de nuevo a través de una resurrección histórica, dejando atrás una tumba vacía histórica, todo «por nosotros y por nuestra salvación».

El Credo es en parte poesía, en parte prosa. De hecho, se podría decir que en la encarnación, Dios (oculto en última instancia en el Misterio y la Metáfora) se ha vuelto prosaico para convertirlo todo en poesía. Intentar mantenerlos estrictamente separados o convertirlos en uno u otro siempre nos mete en problemas.

Decir que nuestro lenguaje sobre la esencia de Dios es metafórico es una obviedad teológica. Concluir, por consiguiente, que todas las metáforas acerca de Dios son sólo creaciones humanas o que todas las metáforas son más o menos iguales es una suposición y una falsedad teológicas. Decir que todo el lenguaje sobre la actuación de Dios en la historia, por ejemplo, la concepción virginal, la encarnación y la resurrección corporal como eventos históricos y físicos, es metafórico y solo cierto en algún sentido espiritual, es intentar ser más espiritual que el Dios que conocemos por Jesús que ha elegido ser. Este fue el error fundamental de los arrianos. Arrio consideraba inconcebible y ofensivo imaginar al Uno más allá de todas las cosas tomando forma humana y una realidad material. El Dios que conocemos por Jesús y el Credo es un Dios dispuesto a ensuciarse las manos en el mundo material para abordar y transformar el desastre literal, trágico e histórico que hemos creado de nosotros mismos, de los demás y del mundo. Y todo para que seamos «participantes de la naturaleza divina» (2 Pedro 1:4). Como dirían algunos obispos que asistieron al Concilio de Nicea, el Hijo de Dios «se hizo lo que nosotros somos para que nosotros pudiéramos llegar a ser lo que él es» (por ejemplo, Atanasio, *Sobre la Encarnación*).